

—¡Soy yo!—Y subió al primer piso.

Una vez allí, hizo una corta pausa. Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como muchas casas antiguas, la escalera tenía vistas á la calle. El farol, situado enfrente la casa número 7, comunicaba alguna claridad á los escalones, lo que equivalía á un ahorro del alumbrado.

Juan Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana y miró toda la calle, que es corta y que recibía la luz del farol de un extremo á otro. Juan Valjean se quedó atónito; no se veía á nadie.

Javert se había marchado.

XII

EL ABUELO

Vasco y el portero habían llevado al salón á Mario, que seguía tendido é inmóvil en el canapé donde se le colocó á su llegada. El médico estaba ya allí. La señorita Gillenormand se había levantado.

La señorita Gillenormand iba y venía asustada, uniendo las manos é incapaz de hacer otra cosa que decir:—¡Es posible, Dios mío!—De vez en cuando añadía:—¡Todo va á mancharse de sangre!

Cuando el primer horror hubo pasado, cierta filosofía de la situación se abrió camino hasta su espíritu, revelándose en la exclamación:—¡Esto debía acabar así!—Si bien no completó el pensamiento con la frase *¡Bastante lo había dicho!*, usada en tales casos.

Por orden del médico, habíase arreglado una cama de cordeles junto al canapé. El médico examinó á Mario, y después de cerciorarse de que continuaban los latidos del pulso, de que el joven no tenía en el pecho ninguna herida profunda y de que la sangre de los labios provenía de las fosas nasales, le hizo colocar en la cama, sin almohada, con la cabeza á nivel del cuerpo, y aún algo más baja, y el busto desnudo, á fin de facilitar la respiración. La

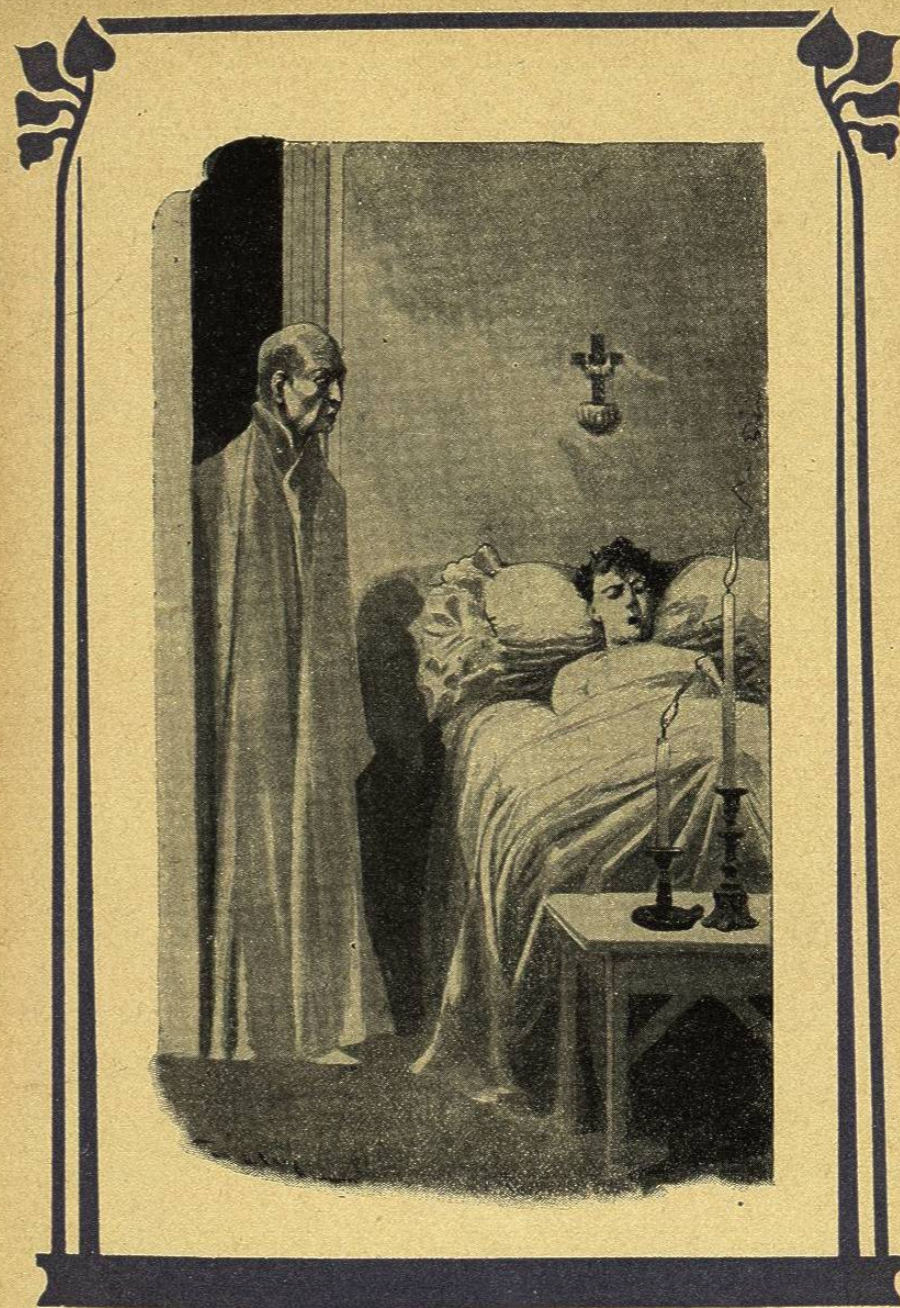
señorita Gillenormand, viendo que iban á desnudar á Mario, se retiró y se puso á rezar el rosario en su cuarto.

El cuerpo no había recibido ninguna lesión interior; una bala amortiguada, al dar en la cartera, se había desviado, y corriéndose por las costillas, había abierto una grieta de horrible aspecto, pero sin profundidad y, de consiguiente, sin peligro. El largo paseo subterráneo había acabado de dislocar la clavícula rota, y esto presentaba serias complicaciones. Tenía los brazos acuchillados; pero ningún tajo desfiguraba su rostro. Sin embargo, la cabeza estaba cubierta de heridas. ¿Serían peligrosas estas heridas? ¿Deteníanse en la superficie? ¿Llegaban al cráneo? No se podía decir aún. Era un síntoma grave que hubiesen producido el desmayo, y no siempre se despierta de los desmayos de esta clase. Además, la hemorragia había debilitado al herido. De la cintura abajo habíale protegido la barricada.

Vasco y Nicolasa se ocupaban en rasgar lienzo y preparar vendajes. Nicolasa los cosía y Vasco los rollaba. Como no había hilas, el médico había resañado provisionalmente la sangre de las heridas con algodón en rama. Sobre una mesa, al lado de la cama, había tres bujías encendidas y el estuche de cirugía estaba allí abierto. El médico lavó el rostro y los cabellos de Mario con agua fría. En un instante el cubo quedó teñido de rojo. El portero alumbraba.

El médico parecía meditar tristemente. De tiempo en tiempo hacía una señal negativa con la cabeza, como si respondiese á alguna pregunta interior. Estos misteriosos diálogos del médico consigo mismo son mala señal para el enfermo.

En el momento en que el médico limpiaba el rostro y tocaba apenas con el dedo los párpados



Vió la cama y sobre el colchón aquel joven ensangrentado.

siempre cerrados de Mario, la puerta del fondo se abrió, apareciendo en el umbral una figura alta y pálida. Era el abuelo.

El motín hacía dos días que traía muy inquieto, indignado y preocupado al señor Gillenormand. La noche anterior no había podido dormir y en todo el día se había visto libre de fiebre. Por la noche se acostó temprano, recomendando que se echase el cerrojo á todo en la casa y, abrumado de fatiga, concluyó por quedarse dormido.

Los ancianos tienen el sueño ligero; el cuarto del señor Gillenormand estaba contiguo al salón, y así, á pesar de las precauciones que se tomaron, el ruido le despertó. Sorprendido de ver luz al través de las rendijas de la puerta, dejó el lecho y dirigióse á tientas hacia el salón.

Estaba en el umbral, con la mano apoyada en la puerta á medio abrir, la cabeza un poco inclinada hacia adelante, el cuerpo envuelto en una bata blanca y estirada como un sudario, atónito, y tenía el aspecto de un fantasma mirando el interior de un sepulcro.

Vió la cama y sobre el colchón aquel joven ensangrentado, blanco como la cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios descoloridos, desnudo hasta la cintura, lleno de heridas, inmóvil y rodeado de luces.

El abuelo sintió de los piés á la cabeza el estremecimiento que son capaces de experimentar miembros osificados; sus ojos, cuya córnea estaba amarilla á causa de la vejez, se velaron con una especie de reflejo vítreo; toda su cara tomó en un instante las formas terrosas de una cabeza de esqueleto; sus brazos cayeron como si les hubiera faltado el resorte que los mantenía suspendidos; manifestóse el estupor en la separación de los dedos de sus trémulas

manos, y sus rodillas formaron un ángulo, permitiendo entrever, por la abertura de la bata, las pobres piernas desnudas del anciano, erizadas de blanco vello. Se le oyó decir con un susurro:

—¡Mario!

—Señor,—dijo Vasco,—acaban de traer al señorito. Estaba en la barricada y...

—¡Ha muerto!—gritó el anciano con voz terrible.

—¡Ah, bandido!

Entonces una especie de transfiguración sepulcral dió á aquel centenario la firme apostura de un joven.

—Caballero,—dijo,—sois el médico y vais á empezar por hablarme francamente. Está muerto, ¿no es así?

El médico, en el colmo de la ansiedad, guardó silencio.

El señor Gillenormand se torció las manos, prorumpiendo en una carcajada espantosa:

—¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Se ha dejado matar en las barricadas.... por odio á mí! ¡Por vengarse de mí! ¡Ah, sanguinario! ¡Ved cómo vuelve á casa de su abuelo! ¡Miserable de mí! ¡Está muerto!

Se dirigió á la ventana, abrió las dos hojas como si se ahogase, y, de pie ante la sombra, se puso á hablar en la calle con la noche:

—¡Traspasado, acuchillado, degollado, exterminado, cortado en trozos! ¿No le veis? ¡Tunante! ¡Sabía que le esperaba, que había hecho arreglar su cuarto y colgar á la cabecera de mi cama su retrato de cuando era niño! ¡Sabía que no tenía más que volver y que no he cesado de llamarle en tantos años, y que todas las noches me sentaba á la lumbrera, con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me había convertido en imbécil! ¡Sabías esto! ¡Sabías que con sólo entrar y decir soy yo, eras el amo, y yo te obedecería,

y dispondrías á tu antojo del bobalicón de tu abuelo! Lo sabías y has dicho:—¡No, es un realista y no iré! —¡Y te has marchado á las barricadas, y te has dejado matar por maldad! Para vengarte de lo que te dije á propósito del señor duque de Berry. ¡Es una conducta infame! ¡Y luego, acuéstese uno y duerma tranquilo para encontrarse al despertar con que su nieto ha muerto!

El médico, que empezaba á alarmarse por los dos, dejó un momento á Mario, y yendo á la ventana, cogió al señor Gillenormand del brazo. Volvióse el abuelo, le miró con ojos que parecían agrandarse y brotar sangre, y le dijo con calma:

—Caballero, os doy las gracias. Estoy tranquilo, soy un hombre; he visto la muerte de Luis XVI y sé sobrellevar las desgracias. Lo terrible para mí es pensar que vuestros periódicos tienen la culpa de todo. Escritorzuelos, abogados, oradores, tribunos, discusiones, progresos, luces, derechos del hombre, libertad de imprenta, poseeréis todo esto y, en cambio, ved cómo os traerán á casa á vuestros hijos. ¡Ah, Mario! ¡Es abominable! ¡Muerto! ¡Muerto antes que yo! ¡Y en una barricada! ¡Ah, bandido! Oid, doctor. Me parece que vivís en nuestro barrio. Sí, os conozco perfectamente. De mi ventana veo pasar vuestro coche. Oid. Haríais mal en creer que estoy irritado. No es posible irritarse contra un muerto. Sería una estupidez. Es un niño á quien he criado. Yo había entrado ya en años cuando él todavía era pequeñito. Jugaba en las Tullerías con su carretoncillo, y para que los inspectores no gruñesen, iba yo tapando con mi bastón los agujeros que él hacía en la tierra. Un día gritó: ¡Abajo Luis XVIII! y se fué. No es culpa mía. Era sonrosado y rubio. Su madre ha muerto. ¿No habéis notado que todos los niños son rubios? ¿En qué consistirá eso? Es hijo de uno

de esos bandidos del Loira; pero los niños no pueden responder de los crímenes de sus padres. Me acuerdo cuando era así tan chiquitín. ¡Qué trabajo le costaba pronunciar la d! En la dulzura del acento se le hubiera creído un pájaro. Un día, delante del Hércules Farnesio, se formó un corro para admirarle, ¡tan hermoso era! Su cabeza se parecía á las que se ven en los cuadros. Yo engrosaba la voz y le metía miedo con el bastón; pero él sabía que no estaba enfadado de veras. Por la mañana, cuando entraba en mi cuarto, solía refunfuñar; pero su presencia me producía el efecto del sol. No hay defensa contra esos mocosos. Una vez que os han cogido, ya no os vuelven á soltar. La verdad es que no había cosa más querida que ese niño. ¡Venidme ahora á hablar de vuestros Lafayette, de vuestros Benjamín Constant y de vuestro zapatero Simón que me le asesinan! Esto no puede quedar así.

Acercóse á Mario, que seguía lívido é inmóvil y á cuyo lado había vuelto el médico, y empezó de nuevo á torcerse los brazos. Los blancos labios del anciano se agitaban como maquinalmente, y de ellos salían, á modo de soplos en el estertor, palabras inconexas, que se oían apenas:

—¡Ah! ¡Desalmado! ¡Cublista! ¡Septembrista!

Eran reconvencciones en voz baja, dirigidas por un agonizante á un cadáver.

Poco á poco, según acontece en todas las tempestades interiores, el encadenamiento de las palabras se restableció; mas parecía que el abuelo no tenía ya fuerzas para pronunciarlas, y su voz estaba tan sorda y apagada como si viniese del otro lado de un abismo.

—¡Me es indiferente, pues yo también voy á morir! ¡Y cuando pienso que no hay en París una mujer que no se hubiera alegrado de labrar la felicidad

de ese miserable! ¡Un imbécil, que en vez de divertirse y de disfrutar de la vida, ha ido á combatir y se ha dejado ametrallar, ¿por quién?, ¿en defensa de quién?, ¿de la república! ¡En vez de ir á bailar á la Chaumière, como deben hacer los jóvenes! Para mucho le ha valido tener veinte años. ¡La república!, tejido de necedades. ¡Pobres madres, parid, pues, hermosos chicos! Vaya, está muerto. Serán dos entierros en la puerta cochera. ¡Te has dejado poner de este modo por amor al general Lamarque! ¿Qué favores te había dispensado ese general Lamarque? ¡Un matachín! ¡Un charlatán! Es para volverse loco. ¿Comprendéis esto á los veinte años? ¡Y sin mirar atrás, á ver si en el mundo quedaban personas que le necesitasen! ¡Ah! ¡Ahora los pobres viejos habrán de morir solos! ¡Revienta ahí, en ese rincón, buho! Pues bien, mejor que mejor; lo esperaba, voy á morir sin remedio. Soy demasiado viejo, tengo cien años, mil años.... Desde hace mucho tiempo nadie puede disputarme el derecho de morir. Con este golpe todo se acabó. Todo se acabó. ¡Qué felicidad! ¿Para qué ese amoníaco y ese montón de drogas? ¡Trabajo perdido, médico imbécil! Idos, ¡está muerto, completamente muerto! Lo digo yo, que entiendo de eso; yo, que también estoy muerto. El miserable no ha hecho las cosas á medias. ¡Si; la época actual es infame, infame, infame; y así pienso de vosotros, de vuestras ideas, de vuestros sistemas, de vuestros maestros, de vuestros oráculos, de vuestros doctores, de vuestros escritorzueros, de vuestros filósofos y de todas las revoluciones que espantan de sesenta años á esta parte las nubes de cuervos de las Tullerías! ¡Y ya que has sido implacable dejándote matar así, ya no tendré siquiera el disgusto de tu muerte! ¿Oyes, asesino?

En aquel momento abrió Mario lentamente los

párpados, y su mirada, velada aún por el asombro letárgico, se fijó en el señor Gillenormand.

—¡Mario!—gritó el anciano.—¡Mario! ¡Niño de mi alma! ¡Hijo de mis entrañas! ¡Abres los ojos, me miras, estás vivo; gracias!

Y cayó desmayado.

LIBRO CUARTO

JAVERT DESORIENTADO